

## CARMEN DULANTO, CARMEN DULANTO

El día en que me presentaron a Carmen Dulanto empecé a conocerme, además de a tener una idea de lo que quiere decir ser alumno. La conocí fuera de las aulas, lejos del instituto en que ambos habíamos ejercido nuestros papeles respectivos de educadora y educando pero sin que coincidiéramos en ningún curso. Tras una enfermedad paralizadora y humillante que hubiera acabado con la voluntad de casi cualquiera, Carmen, mujer tenaz y vital, estaba entonces recomponiéndose, ensamblando de nuevo su arquitectura externa. Al parecer, la Carmen que yo no conocía pero que era ya una Carmen de vuelta de mundos en conflicto, estrategias y pasiones consolidadas en la mente, en el corazón, en las calles, en las clandestinidades de todo orden, había encontrado, en las oscuridades abisales del horror, a un Virgilio en sus adentros que ya tiraba de ella en pos de la claridad que para sí y para cuantos le rodeaban brillaba en la cima de la montaña pequeña pero altísima a la vez de la vida propia. Así pues, Carmen, circular y perfecta, me entraba por los ojos sin que yo lo supiera mientras me la presentaban como si de una mujer convencional se tratara. Carmen Dulanto era mucho más que una Carmen Dulanto de ciudadanía registrada.

Apareció la mujer Carmen en toda su extensión con la nitidez de una muestra elemental de humanidad. Cuanto era delante lucía con segura conciencia de su procedencia tanto como de su finalidad, de su seguir siendo. Qué importaba que la osamenta desconcertada discursara sobre miserias y penurias si de sus ojos brilladores partía un haz iluminador que mostraba un ser armónico y completo. La capacidad: ¿qué era la destreza corporal de los incapaces frente a la torpeza gestual de la perita en contiendas interiores? Mucho antes de que supiéramos apreciar qué significa la discapacidad, y, por ende, de que nos la viéramos debidamente adaptada a nuestras

muchas ineptitudes, esta mujer atómica dejaba caer su potencial humano e instructor con una cadencia discontinua que bien podría ser la de una muy benigna bomba de racimo. Estábamos, con ella, en el busilis de la vida y del conocimiento, y sin apenas haber de poner mayor empeño en la empresa. Nada quería enseñar, y sin embargo era inevitable aprenderlo todo de ella y con ella.

De sólida formación académica, leída profesora, como no era tan habitual en la plantilla docente; comprometida ciudadana y activa política mientras se lo permitió el cuerpo, cuando la conocí, Carmen vivía dos veces cada instante. Del mismo modo que hubo de aprender lo que de sobra sabía, en vez de claudicar ante la tiranía de las repeticiones, hizo suyo el beneficio que el repasar lo aparentemente idéntico le reportaba. Cuando escribía, enviaba al papel la avanzada del lápiz para encaminar a las huestes de la tinta y fijar lo sentido y pensado con la credencial de lo vivido. Grafito y coloreado líquido, lejos de justar compartían el sinuoso contorno de la palabra sobre el papel. Allí estaban Carmen y Carmen, tan distintas y la misma, tan diversas y la única, medidas o desmedidas.

Una mañana, sentados a una mesa de la cercana “Casa del Pueblo”, convocados por una común amiga, hablábamos de un exalumno muy querido para los tres y a quien haré gracia de mencionar, salvo las iniciales de su nombre y primer apellido. J. J., el aludido y elidido, se encontraba entonces muy lejos haciendo la mili. Nos preguntábamos de qué manera podíamos acercarnos más o mejor a él. Recuerdo que en algún momento planteé la analogía de la casa con todas sus piezas amuebladas y las puertas expeditas para que quien quisiera entrar en ella eligiera de *motu proprio* dónde permanecer. Poco original, mi propuesta fue saludada por Carmen, sin embargo, como si de una revelación se tratara. Era su forma natural de enseñar.

Terminaba periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universitat Autònoma, única a principios de los años ochenta del pasado siglo en impartir

tal disciplina en Cataluña. Carmen, que era por encima de cualquier consideración una mujer amadora, me regaló la obra “Una aldea de la China Popular”, del sueco Jan Myrdal. Carmen era comunista, pero más que por convicción política al uso, por su natural dador, compartidor, altruista. Y más, era una mujer capaz de vivir a través de la vida de los demás, a la que recibía con las galas de la propia existencia. En el libro que me obsequió, nuestra Carmen dejó escritos, en bolígrafo sobre lápiz, un epígrafe y una dedicatoria, que reproduzco a continuación como prueba de su humanidad: el epígrafe: “Nunca nadie cometió un error más grande que el que no hizo NADA porque solo podía hacer un poco” (Edmund Burke); la dedicatoria: “Que la lectura de este libro sea una invitación permanente a seguir todos los caminos que conducen a que, muy pronto, seas un buen periodista. Si lo consigues, y estoy segura de que lo conseguirás, ya no será necesario que yo viaje a la legendaria China ni a ninguna parte... Me bastará con leer tus reportajes y tus artículos para 'comerme el ancho mundo' desde mi balcón pensando en ti. 5-4-86”.

Una vida terrenal de Cristo después, confieso que, pese a ser periodista, no cumplí con el deseo que Carmen expresaba en sus emotivas palabras. Hoy sí me acercaría a ella, pero no para enseñarle ese ancho mundo que consigo llevaba, sino para obsequiarle con unas miradas abarcadoras y decirle que, de otro modo, he intentado hacer, aunque resultara poco, lo que sabía para ayudar a los demás. Porque este es el gran legado que he recibido de Carmen: el don de la humanidad no se hereda, pero es posible transmitir el deseo por crearlo, o incluso robarlo, como Prometeo hiciera con los dioses al arrebatarnos el fuego. Salve, Carmen, quien va a seguir amándote hasta el final te saluda.

Jorge Rodríguez Hidalgo